

El “nuevo” imperialismo: sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión (I)

 vientosur.info/el-nuevo-imperialismo-sobre-reajustes-espacio-temporales-y-acumulacion-mediante/

David Harvey

La dilatada supervivencia del capitalismo, a pesar de las múltiples crisis y reorganizaciones, acompañadas siempre de agoreras predicciones, por parte tanto de la izquierda como de la derecha, de su inminente extinción, es un misterio que requiere ser estudiado. Lefebvre, por su parte, creyó haber encontrado la clave cuando pronunció su celebre frase de que el capitalismo sobrevive mediante la creación de espacio, aunque no acertó a explicar de qué forma se llevaría esto a cabo. Tanto Lenin como Luxemburgo, por motivos bastante distintos y utilizando argumentos también distintos, consideraron que el imperialismo —una determinada forma de producción de espacio— era el quid de la cuestión, aunque ambos argumentaron que dicha solución sería finita, dadas sus propias contradicciones.

En los años setenta intenté enfocar este problema a la luz de los “reajustes espaciales” y su papel en las contradicciones internas de la acumulación de capital (1). Argumentaba yo que un cuidadoso estudio de las formas por las que el capital produce espacio nos ayudaría a construir una teoría del desarrollo desigual más sofisticada y a integrar mejor los fenómenos de la expansión geográfica y el desarrollo en las reformulaciones y revisiones de la teoría de acumulación de capital de Marx, que por aquel entonces venían apareciendo y por tanto poder integrar esas teorías con las de imperialismo y dependencia que también eran objeto de un serio debate en aquel momento. Ahora que de nuevo se está produciendo una redefinición del discurso, tanto en la margen izquierda como en la derecha del espectro político, en lo referente a lo que algunos llaman “el nuevo imperialismo” (2) parece útil reexaminar estas ideas generales a la luz de los acontecimientos actuales.

La tesis de los reajustes espaciales solo tiene sentido si atribuimos al capitalismo una tendencia expansiva, entendida teóricamente mediante alguna versión de la teoría de Marx, según la cual la tasa descendente de beneficio produce crisis de sobreacumulación (3). Dichas crisis se manifiestan en un excedente simultáneo de capital y mano de obra sin que aparentemente exista ninguna manera de coordinar a estos para realizar ninguna tarea socialmente productiva. Por tanto, si se quieren evitar devaluaciones (e incluso una destrucción) de capital que afecten a todo el sistema, se deberán encontrar formas de absorber estos excedentes. La expansión geográfica y la reorganización espacial son dos opciones posibles. Pero esto tampoco puede desiciarse de los reajustes temporales, puesto que la expansión geográfica solía ir acompañada de inversiones en infraestructuras físicas y sociales a largo plazo (en redes de transporte y comunicaciones y educación e investigación, p.ej) que tardarían muchos años en reintegrar a la circulación su valor a través de la actividad productiva a la que apoyaban. Puesto para continuar esta argumentación será útil referirse a ejemplos reales, propongo aceptar la tesis de Brenner según la cual el capitalismo ha padecido un problema crónico de sobreacumulación desde los años setenta (4). Interpreto la volatilidad del capitalismo internacional durante estos años como una serie de ajustes espacio-temporales que

fracasaron, incluso a medio plazo, en tratar los problemas de la sobreacumulación. Era sin embargo, y como argumenta Gowan, a través de la orquestación de dicha volatilidad que los Estados Unidos pretendían mantener su posición hegemónica dentro del capitalismo mundial (5). Por tanto, lo que parece un reciente viraje hacia un abierto imperialismo respaldado por la fuerza militar por parte de los EEUU puede interpretarse como una señal del debilitamiento de dicha hegemonía ante la seria amenaza de recesión y una amplia devaluación en su propia casa, diferenciada de los diversos ataques de devaluación anteriormente inflingidos a otras zonas (América Latina en los ochenta y principios de los noventa y aun más seriamente la crisis que consumió el este y sureste asiáticos en 1997 antes de arrastrar a Rusia y buena parte de Sudamérica). Pero también pretendo argumentar que la imposibilidad de acumular mediante la expansión continuada de la reproducción ha sido compensada con un alza de los intentos de acumular mediante la desposesión. Estas son, en definitiva, las que considero las características principales de las nuevas formas de imperialismo. Puesto que el debate sobre este tema quedaría grande a un artículo como este, voy a continuar la exposición de manera simplificada y esquemática. Dejando el análisis en detalle para una posterior publicación (6).

El reajuste espacio-temporal y sus contradicciones.

La idea principal en que se basa el reajuste espacio-temporal es bastante sencilla. La sobreacumulación en un territorio dado implica un excedente de mano de obra (paro creciente) y excedentes de capital (que se manifiesta en un mercado inundado de bienes de consumo, a las que no se puede dar salida sin pérdidas, en una alta improductividad, y/o en excedentes de capital líquido carente de posibilidades de inversión productiva). Dichos excedentes pueden ser absorbidos mediante (a) una reorientación temporal hacia proyectos de inversión de capital a largo plazo o gasto social (como la educación o la investigación) que aplazan la vuelta a la circulación del exceso de capital hasta un futuro distante, (b) reorientaciones espaciales mediante la apertura de nuevos mercados, nuevas capacidades de producción y nuevas posibilidades de recursos y mano de obra en otro lugar, o bien (c) una combinación de (a) y (b).

La combinación de (a) y (b) es especialmente importante cuando hablamos de un capital fijo, de naturaleza independiente, construido en un entorno dado. Este provee de las infraestructuras físicas necesarias para que la producción y el consumo se mantengan en el tiempo (todo desde parques industriales, puertos y aeropuertos, sistemas de comunicación y transporte, de aguas y desagüe, de almacenamiento, vivienda, hospitales y escuelas). Sencillamente, no se trata de un sector económico menor, sino que es capaz de absorber ingentes cantidades de capital y mano de obra, especialmente bajo condiciones de rápida expansión e intensificación geográficas.

La reubicación de los excedentes de capital y mano de obra hacia tales inversiones necesitan de la mediación y apoyo de instituciones financieras o estatales, que tienen la capacidad de generar y otorgar créditos. Se crea, por tanto, una cantidad de valor ficticio equivalente al capital excedente que resulta de, por ejemplo, la producción de camisas y zapatos. Este capital ficticio puede ser apartado de la corriente de consumo y reubicado en proyectos a largo plazo como por ejemplo, la construcción de carreteras o la educación, vigorizando así la economía (por ejemplo mediante una creciente demanda

de camisas y zapatos por parte de profesores y obreros de la construcción) (7). Si los gastos en infraestructuras o mejoras sociales se revelan como productivos (facilitan la posterior acumulación de capital) entonces los valores ficticios son reembolsados (bien directamente mediante la amortización de la deuda, o indirectamente en la forma de, digamos, mayores devoluciones fiscales para pagar la deuda estatal). Si no es así, la sobreacumulación de valor en infraestructura o educación puede manifestarse en una devaluación de estos activos (vivienda, oficinas, parques industriales, aeropuertos, etc.) o en dificultades para pagar la deuda estatal sobre infraestructuras físicas y sociales (una crisis fiscal del estado).

El papel que han jugado tales inversiones ha sido importante en la estabilización y desestabilización del capitalismo. Señalaré, por ejemplo, que el origen de la crisis de 1973 fue un colapso mundial de los mercados inmobiliarios (empezando con el Hersatt Bank de Alemania que arrastró el Franklin National en los EEUU) seguido por la práctica bancarrota de la ciudad de Nueva York en 1975. A su vez, la década de estancamiento Japonés de los noventa comenzó con el estallido de la burbuja financiera existente en activos como el valor del suelo y otros bienes, que puso en peligro todo el sistema bancario. También señalaré que el colapso asiático de 1997 tuvo su origen en las burbujas de propiedad en Tailandia, Indonesia, y que el principal soporte a las economías estadounidense y británica, tras el inicio de recesión general en todos los demás sectores desde mediados del 2001 en adelante, ha sido el continuado vigor especulativo en los mercados inmobiliarios. Desde 1998 China ha continuado creciendo económicamente y ha buscado absorber sus inmensos excedentes de mano de obra (esquivando la amenaza de descontento social) mediante la financiación endeudada de inversiones en mega-proyectos que dejan pequeña la ya inmensa Presa de las Tres Gargantas (8500 millas de nuevos ferrocarriles, autopistas y proyectos urbanísticos, trabajos de ingeniería masivos para desviar agua del río Yangtzé al Amarillo, nuevos aeropuertos, etc.).

Me sorprende soberanamente que casi todos los análisis sobre la acumulación de capital (incluyendo el de Brenner), o bien ignoran totalmente estos asuntos o los tratan como epifenomenológicos.

El término “reajuste” tiene, en cualquier caso, un doble sentido. Cierta cantidad del capital queda literalmente fijado en alguna forma física por un periodo de tiempo relativamente largo (dependiendo en su tiempo de vida físico y económico). En cierto sentido el gasto social también se territorializa y rinde, permaneciendo geográficamente inmóvil, a través de compromisos estatales. (En todo caso, en lo que sigue dejaré de prestar una atención explícita a las infraestructuras sociales, pues el tema es complejo y llevaría demasiado exponerlo). Cierta tipo de capital fijo es geográficamente móvil (como la maquinaria que puede ser fácilmente desplazada de un lugar a otro) pero el resto está tan fijado al suelo que no es susceptible de ser movido sin ser destruido. Los aviones son móviles pero los aeropuertos a los que vuelan no lo son).

El reajuste espacio-temporal por otra parte, es una metáfora de las soluciones a las crisis capitalistas mediante aplazamientos temporales y expansiones geográficas. La creación de espacio, la organización de divisiones territoriales del trabajo totalmente nuevas, la apertura de nuevas y más baratas fuentes de recursos, de nuevos espacios dinámicos para la acumulación de capital, y la penetración de estructuras sociales preexistentes por

parte de las relaciones sociales capitalistas y acuerdos institucionales (tales como reglamentos de contratación y acuerdos de propiedad privada) son formas de absorber excedentes de capital y mano de obra. Tales expansiones geográficas, reorganizaciones y reconstrucciones muchas veces amenazan, de hecho, los valores fijados pero aun no explotados. Grandes cantidades de capital fijado actúan como un lastre a la hora de buscar reajustes espaciales en otro lugar. El valor de los activos de la ciudad de Nueva York no era ni es una cantidad trivial y la amenaza de una devaluación masiva en 1975 (y ahora de nuevo en 2003) era (y es) visto por muchos como una amenaza de importancia al futuro del capitalismo. Si el capital finalmente huye, lo hace dejando atrás un rastro de devastación (la desindustrialización experimentada en el corazón mismo del capitalismo (como Pittsburg y Sheffield) así como un muchas otras partes del mundo (como Bombay) en los sesenta y setenta son ejemplos de esto). Por otra parte si el capital sobreacumulado no puede desplazarse, o sencillamente no lo hace, entonces está abocado a devaluarse directamente. La conclusión de este proceso suelo expresarla de la siguiente forma: El capital, por naturaleza, crea unos ambientes físicos a su imagen y semejanza únicamente para destruirlos más adelante, cuando busque expansiones geográficas y desubicaciones temporales, en un intento de solucionar las crisis de sobreacumulación que lo afectan cíclicamente. Esta es la historia de la destrucción creadora (con toda suerte de negativas consecuencias sociales y económicas) inscrita en la evolución del entorno social y físico del capitalismo.

Hay otra serie de contradicciones que generalmente surgen en el seno de las dinámicas de transformación espacio-temporal. Si los excedentes de capital y mano de obra existentes en un territorio dado (como una nación o estado) no pueden ser absorbidos internamente (mediante ajustes geográficos o gastos sociales) y no han de verse devaluados. Esto puede suceder de diversas maneras, entonces deben ser transferidos a otro lugar, a encontrar terreno fresco para desarrollar su productividad. Pero los espacios a los que son transferidos deben contar con medios de pago tales como oro, reservas monetarias (ej:dólar) o bienes intercambiables. Los bienes de consumo excedentes son enviados fuera y se reciben otros bienes o dinero liquido. El problema de la sobreacumulación se alivia así de forma tan solo temporal (pues meramente se cambia el excedente de bienes a forma monetaria o por otros bienes, aunque, de darse el último caso y materializarse en productos brutos más baratos, pueden aliviar la presión a la baja en la tasa de beneficios). Si el territorio no cuenta con reservas o mercancías para intercambiar, deberá buscarlas (tal como los británicos obligaron a hacer a la India en el siglo XIX, forzándola a abrir su comercio de opio hacia China y así extrayendo el oro chino por medio del comercio Indio) o bien aceptar crédito o asistencia. En este caso, se presta o dona dinero a un territorio para que este pueda pagar el excedente de bienes de consumo fabricadas domésticamente. Así lo hicieron los británicos con Argentina durante el siglo XIX y el excedente comercial japonés de la década de los noventa fue en buena medida absorbido mediante préstamos a EEUU para así mantener el consumismo adquisidor de productos japoneses. Sencillamente, las transacciones comerciales y crediticias de este tipo pueden aliviar problemas de sobreacumulación a corto plazo. Funcionan muy bien en las condiciones de un desigual desarrollo geográfico en el que los excedentes de un territorio están compensados por carencia de los mismos en otra parte. Pero recurrir al sistema de créditos hace a los territorios vulnerables ante los flujos

de capital especulativo y ficticio, que pueden tanto estimular como minar el desarrollo capitalista e incluso, como ha sucedido recientemente, ser usados para imponer devaluaciones salvajes en territorios vulnerables.

La exportación de capital, particularmente cuando viene acompañado de la exportación de fuerza de trabajo, funciona de forma algo distinta y suele tener efectos a más largo plazo. En este caso, los excedentes de (normalmente dinero) capital y trabajo son enviados a algún nuevo lugar donde recomenzar la acumulación de capital. Los excedentes generados en la Gran Bretaña del siglo XIX se enviaron a los Estados Unidos, a las colonias de pobladores como Sudáfrica, Australia y Canadá, creando así nuevos y dinámicos centros de acumulación en estos territorios que demandaban bienes de Inglaterra. Puesto que pueden pasar muchos años hasta que el capitalismo madure en estos territorios (si es que alguna vez lo hace) hasta el punto que, ello también, empiecen a producir sobre acumulaciones de capital, el país de origen puede esperar beneficiarse de este proceso por un periodo muy considerable de tiempo. Este es especialmente el caso cuando los bienes demandados en otra parte son del tipo inmobiliario. Las inversiones de porfolio pueden mantener la construcción del capital fijo (ferrocarril y presas) requeridos como base para una sólida acumulación en el futuro. Pero la tasa de devolución de estas inversiones a largo plazo depende de la evolución de una fuerte dinámica de acumulación en el país receptor. Gran Bretaña fue de esta forma, prestamista de Argentina en la última parte del siglo XIX. Los Estados Unidos, por medio del plan Marshall para Europa (Alemania en particular) y Japón, vieron claramente que su propia seguridad económica (dejando aparte el aspecto militar derivado de la Guerra Fría) dependía de la revitalización de la actividad capitalista en dichas zonas. Las contradicciones surgen cuando los nuevos espacios de acumulación capitalista acaban generando excedentes que deben ser absorbidos mediante expansiones geográficas. Japón y Alemania se convirtieron en competidores del capital estadounidense desde finales de los sesenta en adelante, de manera parecida a como los EEUU sobrepasaron el capital británico (y colaboraron al ocaso del Imperio Británico) en el transcurso del siglo XX. Siempre resulta interesante delimitar el momento en que el sólido desarrollo interno se desborda en necesidad de un ajuste espacio-temporal. Japón lo llevó a cabo en los sesenta, primero a través del comercio, más tarde con la exportación de capital en la forma de inversiones directas, primero en Europa y EEUU, más recientemente en la forma de inversiones masivas (inmobiliarias y directas) en el este y sureste asiáticos, y por último mediante empréstitos (especialmente a los EEUU). Corea del Sur de repente se volcó al exterior en los ochenta seguida de cerca por Taiwán en los noventa. En ambos casos exportando no solo capital financiero sino también algunas de las prácticas laborales más infames que se puedan imaginar como subcontratas del capital multinacional por todo el mundo (en Centroamérica, en África, así como en el resto del sur y este de Asia). Por tanto, incluso adhesiones recientes al desarrollo capitalista se han encontrado rápidamente en la necesidad de ajustes espacio-temporales para sus excedentes de capital. La rapidez con la que ciertos territorios, como Corea del Sur, Singapur, Taiwán, y ahora incluso China, han pasado de ser territorios importadores a ser exportadores, ha sido sorprendente, en comparación con los ritmos más lentos característicos de periodos precedentes. Pero por esa misma razón, estos territorios exitosos tienen que enfrentarse a las contrapartidas de sus

propios ajustes espacio-temporales. China, mediante la absorción de capitales excedentes de Japón, Corea y Taiwán, en la forma de inversiones directas, está rápidamente suplantando a dichos países en muchos sectores de producción y exportación (particularmente en aquellos con poco valor añadido y trabajo intensivo, pero está también moviéndose rápidamente hacia los bienes de consumo de gran valor añadido). La sobrecapacidad generalizada que Brenner identifica puede de esta forma ser fácilmente descomponerse en una cascada de ajustes espacio-temporales, primero en el sur y este de Asia pero con elementos adicionales en América-Latina (México, Brasil y Chile principalmente) a los ahora se sumaría Europa del Este. Y en un giro de 180°, los EEUU, con su inmenso endeudamiento de los últimos años, han absorbido capitales excedentes principalmente del Este y sureste asiáticos.

En cualquier caso, el resultado final es una competencia internacional cada vez más intensa, dada la emergencia de múltiples y dinámicos centros de acumulación de capital, que compiten en la escena mundial en perspectiva de importantes corrientes de sobreacumulación. Puesto que, a largo plazo, no todos pueden ganar, o bien sucumbirán los más débiles, cayendo en serias crisis de devaluación, o bien las confrontaciones geopolíticas estallan en la forma de guerras comerciales, guerras monetarias o incluso confrontaciones militares (del mismo tipo que nos dieron dos guerras mundiales entre potencias capitalistas en el siglo XX). En este caso, lo que se exporta es la devaluación y la destrucción (del tipo que las instituciones financieras americanas indujeron en el este y sureste asiáticos en 1997-8) y los ajustes espacio-temporales toman, por tanto, formas mucho más siniestras. Existen, de todos modos, algunos puntos más que señalar para poder comprender este proceso.

Contradicciones Internas.

En su “Filosofía del Derecho”, Hegel muestra como la dialéctica interna de la sociedad burguesa, mediante la producción de una sobreacumulación de riqueza en un extremo y una chusma de pobres en la otra, conduce a la búsqueda de soluciones en el comercio exterior y las prácticas colonial-imperialistas. Hegel rechaza la posibilidad de que puedan existir formas de resolver los problemas de desigualdad social e inestabilidad mediante mecanismos internos de redistribución de la riqueza (8). Lenin cita a Cecil Rhodes al decir que el colonialismo y el imperialismo eran la única manera de evitar la Guerra Civil (9). Las relaciones y luchas de clase en una formación social ligada a un territorio causan impulsos de buscar ajustes espacio-temporales en algún otro lugar.

Un ejemplo de fines del siglo XIX nos resultará ilustrativo al respecto. Joseph Chamberlain (“Joe el radical”, como también se le conocía) estaba vinculado a los intereses liberal-manufactureros de Birmingham y se oponía, en principio, al imperialismo (durante las guerras afganas de la década de 1850, por ejemplo). Se consagró a la reforma educativa y a las mejoras físicas y sociales en la infraestructura de producción y consumo de su ciudad natal de Birmingham. Esto constituía, creía, una salida productiva para los excedentes, que devolverían su valor a largo plazo. Como figura importante del liberalismo conservador, fue testigo de primera mano del resurgir de la lucha de clases en Gran Bretaña y en 1885 llevó a cabo un discurso en el que instaba a las clases propietarias a asumir sus responsabilidades hacia la sociedad (mejorando las condiciones de vida de los más pobres e invirtiendo en infraestructuras sociales y físicas

en beneficio de la nación), en lugar de preocuparse exclusivamente de sus derechos como propietarios. El alboroto que esto originó entre las clases propietarias le obligó a retractarse y desde entonces se convirtió en el más ardiente defensor del imperialismo (en última instancia como Secretario Colonial, conduciendo a Gran Bretaña al desastre de la Guerra Boer). Esta trayectoria profesional es bastante común al periodo. Jules Ferry, un ardiente defensor de las reformas en Francia (especialmente la educación) de la década de 1860, tomó parte por la expansión colonial tras la Comuna de 1871 (conduciendo a Francia a su aventura asiática, que culminó en su derrota en Dien-Bien-Phu en 1954). Crispi buscaba resolver el problema de la tierra en el sur de Italia mediante la expansión imperialista en África. E incluso Theodore Roosevelt en los EEUU prefirió apoyar las prácticas coloniales en lugar de las reformas internas (10), incluso después de que Frederick Jackson Turner declarara (erróneamente, al menos en lo que a oportunidades de inversión se refiere) que la Frontera Americana estaba cerrada. En todos estos casos, el giro hacia una forma liberal de imperialismo (uno que incluyera una ideología de progreso y una misión civilizadora) fue el resultado, no de imperativos económicos absolutos, sino de la falta de voluntad política, por parte de la burguesía, de renunciar a ninguno de sus privilegios de clase, bloqueando así cualquier posibilidad de absorber la sobreacumulación mediante reformas sociales domésticas. La fiera oposición que actualmente existe en EEUU hacia cualquier política de redistribución o mejoras sociales, no les deja otra opción que mirar al exterior en busca de soluciones a sus dificultades económicas. Las políticas internas de clase de este tipo obligaron a muchos poderes europeos a mirar al exterior para resolver sus problemas desde 1884 hasta 1945, y esto dio una tonalidad especial a las formas que adoptó el imperialismo europeo. Muchas figuras del liberalismo e incluso del radicalismo se convirtieron en orgullosos imperialistas durante esta época, y buena parte del movimiento obrero fue persuadido para apoyar el proyecto imperial como un factor esencial de su propio bienestar. Esto requería, en cualquier caso, que los intereses de la burguesía se colocaran al frente del estado, el aparato ideológico y el poder militar. Arendt, por tanto, interpreta correctamente este imperialismo euro-céntrico como “la primera etapa del dominio de la burguesía y no la última fase del capitalismo” como fue descrita por Lenin (11). Volveré sobre esta idea en la conclusión.

Medidas institucionales de mediación para la proyección de poder sobre espacio.

En un artículo reciente, Henderson reconoce la importancia de los ajustes espaciotemporales como soluciones a la sobreacumulación, pero señala que la diferencia entre Taiwán y Singapur (que salieron relativamente ilesos de la crisis con excepción de una devaluación monetaria) en 1997-8 y Tailandia e Indonesia (que estuvieron al borde del colapso económico y político) estribó en políticas estatales y financieras (12). Los primeros tenían sus mercados de propiedades protegidos de los flujos especulativos mediante fuertes controles estatales y mercados financieros protegidos, mientras que los últimos no. Este tipo de diferencias son importantes. Las formas que toman las instituciones mediadoras son productos de, a la vez que generadoras de las dinámicas de acumulación de capital.

Claramente, el conjunto de turbulencias en las relaciones entre estado, supraestado y poderes financieros por una parte y por otra las dinámicas generales de acumulación de

capital (a través de la producción y devaluaciones selectivas) han sido una de las más características y más complejos elementos en la dinámica del desarrollo geográfico desigual y de las políticas imperialistas desde 1973 (13). Creo que Gowan está en lo correcto al analizar la reestructuración radical del capitalismo internacional post 1973, como una serie de apuestas desesperadas por parte de EEUU para intentar mantener su posición hegemónica en la escena internacional frente a Europa, Japón y finalmente el este y sureste asiáticos (14). Todo ello comenzó en 1973 con la doble estrategia de Nixon consistente en desregulación financiera y un elevado precio del crudo. Entonces se dio a los bancos estadounidenses la exclusiva del reciclaje la ingente cantidad de petrodólares que eran acumulados en la región del golfo. Esta actuación volvió a centrar la actividad financiera global en los EEUU y de paso recató a Nueva York de su propia crisis económica local. Se creó un poderoso régimen financiero Wall Street/ Reserva Federal (15), con poderes sobre instituciones financieras globales (como el FMI) y capaz de hacer y deshacer en numerosas economías más débiles, mediante prácticas de manipulación del crédito y gestión de la deuda. Según Gowan, este régimen monetario y financiero fue usado por sucesivas administraciones estadounidenses “como una formidable herramienta de estado para impulsar tanto el proceso de globalización como las transformaciones neoliberales domésticas asociadas a él”. El sistema se desarrolló a través de las crisis. “El FMI cubre los riesgos y asegura que los bancos americanos no pierden (los países pagan a través de ajustes estructurales, etc.) y la huida de capitales de una crisis localizada acaba reforzando el poder de Wall Street...” (16). La consecuencia fue la proyección exterior del capital estadounidense (en alianza conjunta con otros, cuando esto era posible) para forzar la apertura de mercados, especialmente a los flujos de capital y financieros (un requisito ahora imprescindible para adherirse al FMI), e imponer otras políticas neoliberales (culminando en la OMC) en una gran parte del mundo.

Hay dos puntos a destacar sobre este sistema. En primer lugar, muchas veces se presenta el mercado libre de bienes de consumo como una apertura hacia la libre competencia. Pero este argumento falla, tal y como hace tiempo señalara Lenin, ante los poderes monopolistas y oligopolistas (bien en la producción bien en el consumo). Los EEUU, por ejemplo, han usado repetidamente el arma de denegar el acceso al inmenso mercado americano para forzar a otros países a aceptar sus deseos. El ejemplo más reciente (y craso) de esta línea de actuación nos viene dado por el Representante de Comercio de EEUU, Robert Zoellick al anunciar que si Lula, el recién elegido Presidente de Brasil al frente del Partido de los Trabajadores, no sigue los planes de EEUU de liberalización en las Américas, se encontrará en la situación de “tener que exportar a la Antártida”. Taiwán y Singapur fueron forzados a sumarse a la OMC, abriendo así sus mercados financieros al capital especulativo, ante la perspectiva de que EEUU les denegara acceso al mercado estadounidense. Corea del Sur tuvo, a instancia de la Reserva Federal, que hacer lo mismo como condición para que el FMI le fiara en 1998. EEUU planea ahora incluir una cláusula de libre acceso a los mercados, según el modelo estadounidense, en las “ayudas de desafío” que ofrece como ayuda a los países pobres. En cuanto a la producción, los oligopolios, establecidos principalmente en las regiones capitalistas del centro, controlan efectivamente la producción de semillas, fertilizantes, electrónica, software informático, productos farmacéuticos, productos petrolíferos y

mucho más.

Bajo estas condiciones la apertura de los mercados no conlleva una apertura a la competencia sino que simplemente ofrece nuevas oportunidades de expansión a los poderes monopolistas con toda suerte de consecuencias sociales, ecológicas, económicas y políticas. El hecho de que aproximadamente dos tercios del comercio exterior se realice entre las corporaciones transnacionales más importantes es indicativo de la situación actual. Incluso algo tan aparentemente benigno como la Revolución Verde ha, según coinciden la mayoría de los observadores, conllevado, junto al incremento de la productividad agrícola, una mayor concentración de riqueza en este sector y un mayor nivel de dependencia de los monopolios a través de todo el sur y este de Asia. La penetración en el mercado chino por parte de las tabaqueras compensa sus pérdidas en el mercado estadounidense y de seguro creará una crisis de salud pública durante las décadas venideras. En todos estos aspectos, los acostumbrados argumentos que presentan al neoliberalismo como garante de la competencia y no ávido de monopolio, se revelan fraudulentos, camuflado como de costumbre, por el fetichismo de la libertad de los mercados. Un mercado libre no es un mercado justo.

Existe también, como reconocen incluso los defensores del mercado libre, una inmensa diferencia entre el librecambio de bienes de consumo y la libertad de movimiento del capital financiero (17). Esto nos lleva a plantearnos de qué tipo de libremercado se está hablando. Algunos, como Baghwati, son ardientes defensores del librecambio de bienes, al tiempo que se resisten a aceptar que esto mismo sea positivo para los flujos financieros. En este sentido la dificultad es la siguiente. Por un lado los flujos de capital son vitales para las inversiones productivas y las recolocaciones de capital de una línea de producción o localización a otra. También juegan un papel importante en equilibrar las necesidades de consumo (de vivienda por ejemplo) con las actividades productivas, en un mundo espacialmente desintegrado, con excedentes en un área y déficits en otra. En todos estos aspectos, el sistema financiero (con o sin participación del estado) es vital para coordinar las dinámicas de acumulación de capital en un contexto de desarrollo geográfico desigual. Pero el capital financiero también engloba una gran cantidad de actividad improductiva, en la que el dinero sólo se usa para hacer más dinero, a través de la especulación con bienes futuros, valores monetarios, deuda y cosas por el estilo. Cuando se destinan enormes cantidades de capital para tales fines, sucede que los mercados de capital abiertos se convierten en vehículos para la actividad especulativa que, tal y como vimos durante los noventa con las “punto.com” y las burbujas de la bolsa, pueden convertirse en profecías autorrealizadas, como cuando los “hedge funds”, reforzados con billones de dólares de dinero apalancado, podrían llevar a Indonesia y Corea a la bancarrota, independientemente de la fortaleza real de sus economías. Una gran parte de lo que ocurre en Wall Street no tiene nada que ver con facilitar la inversión en actividades productivas. Es pura especulación (de aquí los calificativos como “de casino” “depredador” o incluso “de rapiña” que se aplican al capitalismo, con la debacle de la Gestión de Capital a Largo Plazo necesitando de una balón de oxígeno de 2.3 millardos de dólares, para recordar a los EEUU que la especulación puede, de hecho, torcerse. Esta actividad tiene, en cualquier caso, un profundo impacto sobre el conjunto de las dinámicas de acumulación de capital. Sobre todo, ayudó a re-centrar el poder político-económico, principalmente en EEUU, pero también en los mercados financieros

de otros países del centro (Londres, Frankfurt y Tokio).

La forma en la que esto se lleve a cabo depende del sistema de alianzas de clase dominante existente en los países del centro, el balance de poder entre ellos a la hora de negociar acuerdos internacionales (como la nueva arquitectura financiera internacional aplicada a partir de 1997-8 para sustituir el Consenso de Washington de mediados de los noventa) y de las estrategias político-económicas puestas en marcha por los agentes dominantes con respecto al excedente de capital. La aparición en los EEUU de un complejo “Wall Street-Reserva-FMI”, capaz de controlar las instituciones globales y de orquestrar un vasto poder financiero a lo largo y ancho del mundo a través de otras instituciones estatales y financieras, ha venido jugado un importante y problemático papel en las dinámicas del capitalismo global durante los últimos años. Pero este centro de poder solo puede operar de dicha manera mientras el resto del mundo esté interconectado y enganchado a un marco estructural de instituciones financieras y gubernamentales (incluyendo las supra-nacionales). He aquí la importancia de la colaboración entre, por ejemplo, los bancos centrales de los países del G7 y los varios acuerdos internacionales (de forma temporal en el caso de las estrategias monetarias y de forma más permanente con respecto a la OMC) diseñados para lidiar con dificultades específicas (18). Y si el poder de los mercados no se basta por si solo para cumplir objetivos determinados y poner firmes a los elementos recalcitrantes o a los “estados gamberros”, entonces el inigualable poder militar de EEUU (abierto o encubierto) está preparado para intervenir y resolver la situación.

Este complejo de acuerdos institucionales debería, en el mejor de los capitalismos posibles, ser usado para mantener y apoyar la expansión reproductiva (crecimiento). Pero, de la misma manera en que la guerra es la continuación de la diplomacia por otros medios, la intervención del capital financiero respaldado por los poderes estatales equivale a la acumulación por otros medios. Una alianza contra-natura entre los poderes estatales y los aspectos depredadores del capital financiero forman la punta de lanza del “capitalismo de rapiña” tan dedicado a apropiarse activos de otros lugares como de lograr un desarrollo global armonioso. Bajo las condiciones de sobreacumulación, estos “otros medios” pueden ser dirigidos a devaluaciones forzadas y prácticas caníbales, preferentemente practicadas en áreas ajenas y sobre aquellos que tienen menos capacidad de reacción. ¿Pero cómo hemos de interpretar estos “otros medios” de acumulación o devaluación?

Acumulación mediante desposesión.

En “La acumulación de capital”, Luxemburgo centra su atención en los aspectos duales de la acumulación capitalista:

“Uno está relacionado con el mercado de bienes y el lugar donde se produce la plusvalía- la fábrica, la mina, el terreno agrícola. Entendida así la acumulación es simplemente un proceso económico, siendo su fase más importante la transacción entre el capitalista y el trabajador asalariado... Este caso la paz, la propiedad y la igualdad prevalecen y se requiere de la aguda dialéctica del análisis científico para desvelar cómo el derecho de propiedad pasa a ser, en el curso de la acumulación, una apropiación de la propiedad ajena, cómo el intercambio de bienes deviene en explotación y la igualdad se revela como dominio de clase. El otro aspecto de la acumulación es el de la relación

entre el capitalismo y formas no capitalistas de producción que empiezan a hacer su aparición en la escena internacional. Sus métodos predominantes son la política colonial, un sistema de préstamo internacional –una política de esferas de interés- y la guerra. La fuerza, el fraude, la opresión y el saqueo se despliegan abiertamente sin ningún intento de ocultarlo, y se requiere un esfuerzo para descubrir, de entre esa maraña de violencia política y demostraciones de fuerza, las inalterables leyes del proceso económico”. Estos dos aspectos de la acumulación, según Luxemburgo, están “vinculados orgánicamente” y “la evolución histórica del capitalismo solo puede ser comprendida si los estudiamos conjuntamente” (19).

La teoría general de la acumulación de capital de Marx está construida a partir de ciertas premisas iniciales, que en gran medida son las de la política económica clásica y que excluyen el proceso de acumulación primitivo. Estas premisas son: mercados de libre competencia con garantías institucionales de propiedad privada, individualismo jurídico, libertad de contratación y estructuras apropiadas de ley y gobierno, por parte de un estado “providencia” que a su vez asegura la integridad de la moneda como medio de circulación y reserva de valor. El papel del capitalista como productor e intercambiador de bienes está ya bien establecido y la fuerza del trabajo se ha convertido en un bien intercambiable, generalmente, por su valor.

La acumulación “primitiva” u “original” ya ha tenido lugar y la acumulación ocurre ahora existe bajo la forma de una reproducción expandida (aunque a través de la explotación del trabajo vivo en la producción) dentro de una economía cerrada y bajo condiciones de “paz, propiedad e igualdad”. Estas premisas nos permiten ver lo que ocurrirá si el proyecto liberal de los economistas políticos clásicos, o en nuestros tiempos el neoliberalismo de los economistas, termina por llevarse a cabo.

La brillantez del método dialéctico de Marx está en cómo nos enseña que la liberalización de los mercados –el credo de los liberales y neoliberales- no llevará a un estado armonioso en el que a todo el mundo le vaya mejor. Si no que en vez de eso producirá niveles cada vez mayores de desigualdad social (como de hecho a sido la tendencia mundial en los últimos treinta años de neoliberalismo, especialmente en aquellos países, como EEUU o Gran Bretaña, que más se han ceñido a dicha línea política). Esto también conducirá, predice Marx, a crecientes inestabilidades que culminaran en crisis crónicas de sobreacumulación (del tipo que estamos viviendo actualmente).

La desventaja de estas premisas es que relegan la acumulación basada en la predación, el fraude y la violencia, a un “estado original” considerado como ya no vigente, o, según Luxemburgo, como algo “exterior” al sistema capitalista. Una reevaluación general del papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación “primitiva” u “original” a lo largo de la geografía histórica del capitalismo, está por tanto, más que justificada, como varios comentaristas han señalado últimamente (20). Puesto que parece desacertado referirse a un proceso vigente como “primitivo” u “original”, en lo que sigue sustituirá estos términos por el concepto de “acumulación mediante desposesión”. Una lectura más minuciosa de la descripción de la acumulación primitiva de Marx revela una amplia gama de procesos. Estos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión por la fuerza de las poblaciones campesinas; la conversión de varias formas de derechos de la propiedad (común, colectivo, estatal) en propiedad privada

exclusivamente; la supresión del derecho a usar los bienes comunes; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la eliminación de formas alternativas (indígenas) de producción y consumo; Formas coloniales, neo-coloniales e imperialistas de apropiación de activos (incluyendo recursos naturales); la monetarización de los intercambios y de la fiscalización (especialmente de la tierra); comercio esclavista; Y usura, la deuda nacional y por último el sistema crediticio como formas radicales de acumulación primitiva. El estado, con su monopolio sobre la violencia y las definiciones de legalidad, juega un papel crucial al apoyar y promover este proceso y existen evidencias considerables (como sugiere Marx y confirma Braudel) de que la transición al capitalismo está ampliamente supeditada al apoyo del estado- que lo apoyó decididamente en Inglaterra, débilmente en Francia y negativamente, hasta hace poco tiempo, en China (21). Este último giro del caso Chino indica que se trata de un proceso continuo y existen evidencias de que, especialmente en el sur y este de Asia, las políticas estatales (consideremos el caso de Singapur) han jugado un importante papel a la hora de definir tanto las vías como la intensidad de las nuevas formas de acumulación de capital. El papel del “estado desarrollista” en las fases recientes de la acumulación de capital ha estado, por tanto, sujeto a un intensivo escrutinio (22). Uno sólo tiene que volver la vista sobre la Alemania de Bismarck o el Japón de los Meiji para comprobar que esto ha venido siendo el caso desde hace tiempo.

Todas las características mencionadas por Marx se han mantenido ampliamente presentes en la geografía histórica del capitalismo. Y, como ya ocurriera antes, estos procesos de desposesión están provocando vastas oleadas de resistencia, que en buena medida constituyen el corazón de lo que es el movimiento anti-globalización (23). Algunos de estos procesos han sido adaptados para jugar un papel aún más importante en el día de hoy que en el pasado. El sistema crediticio y el capital financiero han sido, como ya señalaron Lenin, Hilferding y Luxemburgo, importantes herramientas de depredación, fraude y robo. Las promociones bursátiles, los “esquemas Ponzi”, la destrucción premeditada de bienes mediante la inflación, el vaciamiento de activos mediante fusiones y adquisiciones, la promoción de unos niveles de endeudamiento que reducen poblaciones enteras, incluso en los países capitalistas avanzados, a un peonaje por endeudamiento, sin mencionar el fraude corporativo, la desposesión de bienes (el pillaje de los fondos de pensiones y el diezmado de los mismos por los colapsos corporativos) por la manipulación de créditos y acciones, los cuales constituyen pilares fundamentales del capitalismo contemporáneo. El colapso de Enron privó (desposeyó) a muchos de su medio de vida y de sus pensiones. Pero sobre todo hemos de tomar pillaje especulativo llevado a cabo por los “hedge funds” y otras instituciones principales del capital especulativo como la punta de lanza de la acumulación mediante desposesión en los últimos tiempos.

También han aparecido mecanismos totalmente nuevos de acumulación mediante desposesión. El énfasis puesto en las negociaciones de la OMC sobre los derechos de la propiedad intelectual (el llamado acuerdo TRIPS) apunta a vías por las que, mediante la patente y registro, el material genético, plasma de semillas y toda suerte de productos, pueden ahora ser usados contra conjuntos enteros de poblaciones cuyas prácticas han jugado un papel crucial en el desarrollo de dichos materiales. La biopiratería está rampante y el stock mundial de recursos genéticos está en vía de beneficiar únicamente

a un puñado de multinacionales. El acusado agotamiento de los recursos naturales comunes (tierra, agua, aire) y la creciente degradación del hábitat que excluyen cualquier cosa excepto formas intensivas de producción agrícola, son consecuencias de la mercantilización de la naturaleza en todas sus formas. La mercantilización de las formaciones culturales, las historias y la creatividad intelectual conlleva desposesiones al por mayor (la industria de la música es un claro ejemplo de explotación de la cultura y creatividad popular). La corporativización y privatización de activos, hasta ahora públicos (como universidades) sin mencionar la ola privatizadora (del agua y servicios públicos de todo tipo) que ha barrido el mundo, son indicativos de esta nueva ola de “cercamiento de los espacios comunes”. Como ya sucediera en el pasado, el poder del estado se ha usado para forzar este proceso incluso contra la voluntad popular. Y esto nos trae de vuelta al tema de la lucha de clases. La reprivatización de derechos comunes ganados en luchas pasadas (el derecho a una pensión pública, a la sanidad, al bienestar) ha sido uno de las más flagrantes políticas de desposesión aplicadas en nombre de la ortodoxia neoliberal. No debe sorprendernos que la reclamación los bienes comunes y la denuncia de la acción conjunta del estado y el capital en su apropiación, hayan venido siendo vectores principales de los movimientos anti-globalización.

El capitalismo conlleva prácticas caníbales así como depredadoras y fraudulentas. Pero es, como Luxemburgo señaló acertadamente, “difícil descubrir, de entre esa maraña de violencia política y demostraciones de fuerza, las inalterables leyes del proceso económico”. La acumulación mediante desposesión puede darse en una variedad de formas y hay mucho que es tanto contingente como fortuito en su modus operandi. Aún así es omnipresente en todas las etapas históricas y se agudiza en contextos de crisis de sobreacumulación y expansión de la producción, cuando parece que no hay salidas posibles excepto la devaluación. Arendt sugiere, por ejemplo, que las depresiones de los sesenta y setenta del siglo XIX en Gran Bretaña, iniciaron el impulso hacia una nueva forma de imperialismo al darse cuenta por primera vez la burguesía “de que el pecado original del simple robo, que siglos antes había hecho posible la acumulación original de capital” (Marx) y que había posibilitado toda acumulación posterior, tenía que repetirse una y otra vez, so pena de que el motor de la acumulación se detuviera (24). Esto nos trae de vuelta a las relaciones entre la búsqueda de ajustes espacio-temporales, los poderes estatales, la acumulación mediante desposesión y las formas de imperialismo contemporáneo.

(... sigue en otro documento, [click aquí](#))